

TOLEDO, INCENSARIO DE LA EUCARISTIA

Por BLAS PIÑAR

SÓLO los que hemos tenido la dicha de conocer y gozar de la fiesta en el tiempo de nuestra infancia, unimos a la expectación de cada retorno el recuerdo y la nostalgia de ayer.

El Corpus tiene así dos aspectos distintos: el que se ofrece al viajero de cada día, que llega y no vuelve, y el revelado a los constantes a la cita, a los que uno y otro año repasan el itinerario tradicional, se encaraman en los mismos lugares y aspiran el olor de la fresa sobre el cesto de mimbre que guarda, un poco más viejo, el vendedor de siempre.

La procesión tiene su introito en el aire de la ciudad. Toda ella, al florecer de la mañana, se convierte bajo los toldos que trazan su sombra sobre el empedrado en una algarabía multicolor de tapices, mantones y colchas. La gente pisa el suelo, cuajado de romero, tomillo y cantueso, y las calles, convertidas en un lugar extraño, exhalan un perfume mezclado de hierbas olorosas.

Si el olfato y los ojos se sienten cautivados en el embrujo de la ciudad, el oído, que se aturde al escuchar el rumor creciente de la multitud que transita por la carrera o que busca acomodo en los balcones, se detiene y complace ante el sonido de las campanas catedralicias, que, a la hora en punto, repican anunciando que la procesión sale.

Toda una larga teoría de caballos, cruces parroquiales, lábaros de asociaciones, estandartes...; y tras los símbolos, congregantes, niños de primera comunión, caballeros del Santo Sepulcro, infanzones de Illescas, «seises», clero, cabildo, representaciones oficiales, el cardenal... y, sobre todo, Cristo hecho Eucaristía, en la Custodia de Arfe, corporal de oro fino para el descanso del Señor.

¡Qué silencio más impresionante! El pueblo se arrodilla. Miles de pétalos de rosas caen suaves y mansos, como un beso de la tierra a su autor, y miles de corazones impresionados y llenos de una íntima emoción religiosa le dicen a El que le aman.

Y así... por la calle Ancha, Sillería, Alfileritos, San Vicente, Juan de Mariana, Trinidad y el Arco de Palacio.

En cuesta, baja la Custodia. Brillan las armas que apoyan en sus hombros varoniles alféreces de la Academia. El sol, que luce casi siempre, se cuele entre los toldos, y un rayo, fiel a la llamada, inquiere la Forma para cubrirla con un halo divino y, como una paloma nueva, anunciar al pueblo la llegada del Salvador.

Cuando la Custodia se aproxima al umbral de la Puerta Llana, el cañón y el himno nacional se disputan el ambiente.

Luego, delante del altar mayor, con María en la corona del retablo majestuoso, la Custodia se para, queda inmóvil. Los fieles entonan himnos a la Eucaristía y se reza la estación. Sigue una misa. Fuera, todo el bullicio termina. Desfilan los cadetes. Las típicas ventas y los mil lugares improvisados rebosan de forasteros. Hay que terminar pronto, porque espera la plaza en su día mayor y acaban de pasar los diestros con sus trajes de luces y el graderío está a punto de llenarse.

Ha caído el sol. Con el crepúsculo la ciudad empieza a sentirse sola. Se marchan los que vinieron comentando los mil detalles de la procesión y los percances de la corrida. Los que en Toledo viven retornan a sus casas o asisten a la representación de un auto sacramental.

Cuando la noche es más profunda, y en el día del Corpus se contempla a Toledo desde la ermita del Valle, aún llega hasta allí el perfume de los pétalos y de la hierba y un vaho como de incienso consumido convierte a la ciudad en un incensario de la Eucaristía.



Tres momentos de la gran jornada que constituyeron los I Juegos Florales Hispanoamericanos en honor del Corpus Christi, celebrada en Toledo.

